



9000016

# LO QUE SE DEL MAYOR GENERAL IGNACIO AGRAMONTE LOYNAZ Y SU FAMILIA.

Brooklyn, Febrero 21, 1912.  
Señor Manuel Ma. Coronado.— Director de LA DISCUSION.  
Habana, Cuba.

Muy señor mío:

Le remito las líneas que he dedicado á cumplir con lo que creo un deber de patriotismo y amistad, decir lo que sé del Mayor General Ignacio Agramonte Loynaz, y su familia, para evitar que tan dignos patriotas sean confundidos con otras personas del mismo nombre.

En Camagüey y en New York he tratado bastante á la ilustre familia Agramonte Loynaz. Habiendo sido el Ldo. Ignacio Agramonte Sánchez, padre del héroe camagüeyano, Abogado Consultor de mi familia; condiscípulo yo del mayor en el colegio, en Camagüey, y su Ayudante en los campos de Cuba, me creo autorizado á dar estos informes con más exactitud é imparcialidad que los que no tuvieron ese honor.

Con estos renglones, que no dudo apreciará usted, como patriota, le remito una copia del último retrato que se sacó el inmortal Agramonte, antes de la Revolución.

Aunque más joven 5 ó 6 años que cuando cayó en la fatal Jimaguayú, esa imagen del General Agramonte se asemeja más al original que los retratos que hoy se publican. El era y lucía muy joven.

Pronto salgo para Europa, y me apresuro á remitirle esta, antes de partir, esperando perdone esta libertad. Suyo A. S.,

Manuel L. de Miranda.

Era el general Ignacio Agramonte Loynaz, hijo del licenciado Regidor Ignacio Agramonte Sánchez y de la señora Filomena Loynaz y Caballero, miembros ambos esposos de dos de las más antiguas y distinguidas familias de Camagüey.

De noble porte, inteligente, ilustrado, pundonoroso, cumplido caballero, el licenciado Ignacio Agramonte Sánchez, padre del patriota camagüeyano. Ejercía su profesión en Camagüey, donde tenía uno de los mejores bufetes, siendo consultado en cuestiones legales difíciles, hasta por los profesionales. En cabildos, uno de los pocos, ó quizás el único que se atrevía á protestar contra los abusos del gobierno, y la opresión al pueblo; á riesgo de perder su libertad personal.

La señora Filomena Loynaz, su esposa, una de las bellezas camagüeyanas, notable por su clara inteligencia, buen juicio y raras virtudes, así como por la bondad de su corazón y dulzura de carácter; muy estimada y admirada por todos, no solo en Cuba, sino en New York, donde pasó los últimos años de su vida, dando ejemplo de valor y abnegación en las pruebas terribles de la emigración.

Tal parecía que Dios había formado con esmero especial ese hogar para la felicidad. Bienestar, cariño profundo, honradez, grandeza de alma, todo, en fin, lo que pudiera contribuir á la dicha.

Los esposos Agramonte-Loynaz tuvieron ocho hijos, de los cuales vivían solo cinco, cuando principió la revolución del 68; siendo el mayor de éstos, Ignacio, nuestro lamentado guerrero, recibido de licenciado en leyes poco antes. Enrique, el segundo, estudiante de medicina y tres hermanos mucho menores. Panchita y Loretico, niñas encantadoras y Marianito muy pequeño. Estos tres niños crecieron y se educaron en New York, adonde el licenciado Agramonte Sánchez trasladó la familia, cuando sus hijos Ignacio y Enrique salieron al campo, á formar parte del Ejército Libertador, con el fin de evitar los desastres que esperaban á las familias cubanas bajo la bandera española, en las ciudades.

Desde los primeros años se distinguió Ignacio por su carácter afectuoso, suave, aunque firme. Jamás obstáculo alguno le hizo retroceder, cuando se trataba del deber ó de la justicia; conservando siempre la moderación y cultura en todos sus actos. Su amor á los estudios desde pequeño, alarmaba á sus padres, que temían por su salud al verle olvidar los pasatiempos de su edad, por los libros, en cuya compañía encontraba su mayor placer.

Niño aún, le llevó su padre al colegio "El Salvador", en la Habana. Poco tiempo después los profesores de este afamado instituto manifestaron al señor Agramonte, padre, que su hijo Ignacio debía entrar en la Universidad, lo que se creía difícil por los pocos años del estudiante; pero su aptitud para estudios mayores facilitaron su entrada en la Universidad, donde estudió leyes, con nota de sobresaliente en todos sus exámenes, hasta graduarse de licenciado en derecho, con grandes honores, en 1867.

Poco después de obtener el título de licenciado defendió en la Audiencia de la Habana algunos pleitos de su padre, obteniendo triunfo completo para sus clientes, y sorprendiendo á todos en el Tribunal Supremo la elocuencia y lógica del joven abogado, al que aplaudieron con entusiasmo.

Durante su vida de estudiante y permanencia en la Habana frecuentaba Agramonte el gimnasio, y tomó lecciones de esgrima, de un maestro afamado, llegando á ser magnífico tirador de florete, temible en el manejo de la espada y certeza en el del rifle; llamando la atención por su agilidad y fuerza. Levantaba pesos que pocos hombres de más edad podían levantar, sin que se notara en él agitación ni esfuerzo alguno.

Sin ser robusto, fué Ignacio siempre fuerte, saludable, musculoso y de gran resistencia física y moral.

En agosto de 1868 contrajo Agramonte matrimonio en Camagüey con la bella y culta señorita Amalia Simoni, y aún en la luna de miel, cuando creían los recién casados que nada en el mundo turbaría aquella dicha completa, llegó á ellos el grito de Yara. Ignacio, sin vacilar un momento al oír la voz de Cuba oprimida, abrazó á su amada y tierna esposa y adorados padres y hermanos y corrió á ofrecer su sangre por la redención de la patria. Con él

iba su hermano Enrique, compañero inseparable de su infancia, y juntos combatieron y sostuvieron aquella lucha tan desigual ¡sin armas!...

Pronto se unió al general Agramonte su esposa, que con sus padres y hermana salieron al campo y compartieron con él aquella vida de privaciones y peligros de "Cuba Libre", donde nació su primer hijo, Ernesto Ignacio, del que decía el general Agramonte á su madre en una carta: "Mi hijo Ernesto, mamá, es hijo de la revolución, nunca respiró el aire emponzoñado de la opresión, vino á gozar de la libertad desde los primeros días de lucir esta y no sabrá nunca ser esclavo".

Justamente al cumplir un año el niño Ernesto, fruto de esa unión felicísima el rancho que ocupaba la familia fué saltado en ausencia del general Agramonte, por las tropas españolas, llevándose presas á la señora Agramonte, su madre, hermana y el niño; mereciendo esta familia ser tratada por el capitán de la compañía que las conducía á la ciudad con finas atenciones y cortesía hasta llegar á Camagüey.

La muerte del señor Agramonte Sánchez, ocurrida en New York á fines del año 1869, hizo comprender á sus hijos Ignacio y Enrique que tenían un deber sagrado que llenar para con su madre, que sin recursos, pues sus bienes habían sido embargados, y sin amparo, quedaba viuda con tres niños, en país extranjero, teniendo que hacerle frente á los rigores de inclemente clima, sin conocer ni aún el idioma.

Ambos hijos se preparaban á ir al auxilio de su angustiada madre; y atendida esta necesidad volver á seguir la lucha comenzada por la independencia. Mas apenas se supo que el general Agramonte se separaba de las fuerzas todo fué consternación y desaliento. Las tropas suplicaron al general no las abandonara en esos momentos, pues su ausencia, aunque corta, sería la ruina segura y la causa se perdería.

Una vez más Ignacio ahogó los sentimientos de su corazón, que le llamaban al lado de su madre idolatrada, quien tanto necesitaba de su consuelo y trabajo; y sacrificando sus más vivos deseos en beneficio de la causa á que se había consagrado, decidió que-

DOCUMENTAL

darse; convirtiéndose ambos hermanos en que Enrique iría a New York, seguiría sus estudios de medicina, y con su trabajo atendería a las necesidades de la familia, mientras Ignacio continuaba luchando por la independencia.

Enrique hizo dimisión del puesto honroso que ocupaba en el Ejército Libertador, como teniente coronel, despidiéndose con sentimiento del cuerpo de valientes que estaba bajo su mando, el que vio partir con dolor al jefe que tantas veces les había conducido a la victoria, prestando grandes servicios en diversas ocasiones.

Enrique se distinguió por su valor, arrojo y patriotismo.

Más de una vez fué herido, y en el asalto de las Tunas casi perdió un dedo.

En New York continuó sus estudios médicos, obteniendo el título de doctor en poco tiempo, con las congratulaciones de sus profesores, por sus lucidos exámenes. Con su trabajo sostuvo siempre la familia y socorrió a los cubanos pobres, en la emigración. Desde New York luchó sin descanso por el ideal de la Patria Libre y desempeñó comisiones peligrosas.

Como médico ha sido uno de los hijos que más han honrado su país en los Estados Unidos de América, por sus conocimientos profundos, acertadas curaciones y operaciones notables, habiendo sido muy distinguido por los Profesores Flint, Loomis y otros, que siempre le cantaron entre sus amigos y discípulos predilectos.

Ignacio quedó al frente de las fuerzas en Camagüey, y todos conocemos sus hechos de armas asombrosos. Los que le acompañamos en aquellos días terribles, en que parecía que se peleaba contra imposibles, y verdaderamente con la "vergüenza", podemos apreciar, aunque no comprender, aquel coloso genio militar, de valor invencible, bondad inefable, luchando hasta el último momento por el triunfo de la buena causa, por la cual había sacrificado todo, sin que jamás su patriotismo fuera sofocado ni en lo más mínimo por la yerba parásita de la ambición.

Nunca perdió la fe ni el entusiasmo por la buena causa. Incansable haciendo marchas a la cabeza de sus tropas, daba ejemplo de valor ante las penalidades y los peligros; manteniendo la disciplina, sin rigores, con la única fuerza de su palabra, siempre persuasiva y mágica, para sus soldados, que jamás temieron lanzarse si el mayor estaba con ellos.

Desde el campo trataba de sostener el ánimo de su angustiada madre, con frases tiernas y consoladoras. Seis meses antes de morir le decía en una carta: "Sí, mi mamá, el cielo no abandona la causa de la justicia, y yo confío en que no está muy lejos el día en que yo pueda abrazarla, así como a mis hermanos, y en que habiendo cum-

plido con mis deberes, contemplando feliz a Cuba, cuelgue la espada y volvamos a reunirnos para no separarnos más. Es verdad que hemos tenido que atravesar situaciones muy críticas y que vencer grandes dificultades; pero todo lo puede la voluntad indomable y la conciencia profunda de que al cabo el éxito es el destino providencial de toda causa justa; y hoy las condiciones han cambiado, la revolución marcha más desembarazada hacia a su destino, el cielo nos sonríe y todos los corazones henchidos de entusiasmo esperan llenos de fe la nueva aurora".

La muy digna matrona cubana que con tanta resignación había perdido sus propiedades, comodidades y alhajas, y que cual otra "Cornelia" veía en sus hijos sus joyas más preciadas, al perder éstas, no tuvo resistencia, y su corazón debilitado por rudas pruebas se rindió; sucumbiendo de dolor, no mucho después de la pérdida de su amante hijo, Ignacio. Con valor y abnegación aceptó las privaciones, trabajos y sinsabores de la emigración y en aquellos años de incertidumbre y angustias vivía con la esperanza de aquella nueva "aurora" de que le hablaba su Ignacio, cuando se reuniría con todos sus hijos, para no separarse jamás. Mas al convencerse de que esa reunión con el hijo idolatrado sería imposible en la tierra, su corazón ya debilitado por otros golpes, dejó de latir, y su alma voló a la mansión de los justos, donde esperaba reunirse con aquellos seres que habían formado su dicha en el mundo; sin que los tiernos cuidados y cariño de sus otros hijos amantes, pudieran detener su vuelo.

De tan ilustre familia solo quedan hoy dos de sus miembros. El doctor Enrique Agramonte Loynaz, de quien he hablado, el segundo de los hijos del Ldo. Ignacio Agramonte y Sánchez y la señora Filomena Loynaz de Agramonte, que muy joven derramó su sangre por la patria, el que tuvo que renunciar su puesto glorioso entre los soldados de Cuba, para venir a llenar su sagrado deber de hijo. En New York reside desde entonces y allí luchó infatigable por la independencia hasta lograrse y hoy educa sus hijos a fin de que sean buenos ciudadanos.

Y la señora Francisca Agramonte de Morales, una de las dos niñas que salieron de Cuba con sus padres. En New York se educaron los tres hijos menores de los esposos Agramonte Loynaz, brillando por sus estudios y aprovechamiento.

Las bellísimas señoritas Panchita y Loretico eran citadas como ejemplo a las jóvenes de su edad en la colonia cubana.

Aquí donde las libertades deslumbran a las personas de pocos años, las señoritas Agramonte Loynaz conservaron siempre la moderación y dignidad que distinguió a su familia, a pesar de haber sido muy celebradas por sus relevantes dotes físicas, morales e intelectuales.

Panchita contrajo matrimonio con el joven abogado de la Habana José Morales, sobrino del ilustre patriota José Morales Lemus. El joven Morales era abogado del Estado de New York, donde ejerció su carrera hasta que murió, algunos años después de casado. Bien joven aun quedó viuda la señora Agramonte de Morales, con una niña llamada Angélica, a la que se dedicó por completo después de la muerte de su esposo; renunciando a todo lo que en algún modo pudiera impedirle llenar sus deberes de madre hacia a su Angélica, hoy joven encantadora, que aunque americana de nacimiento, adora a Cuba, y tiene por nuestra tierra el culto grande que heredó de su familia. Su corazón es cubano, y solo cubano. Dice: "que los Estados Unidos para los yankees, y Cuba para los cubanos." Es tierno y digno vástago de tan preciosa rama.

Loretico y Marianito, los dos menores, fueron víctimas tempranas del duro clima y descansan con sus padres en tierra extranjera; sin haber tenido la satisfacción de ver el triunfo de la causa sagrada, a la cual se ofrecieron en sacrificio, y por la que tan amargas lágrimas derramaron en la edad de las ilusiones y esperanzas.

El mayor, cuando cayó en el fatal Jimaguayá, tenía 31 años, cuatro meses; cumplía treinta y dos en diciembre 24, fecha de su nacimiento. Medía más de seis pies de alto, hermosa, gigantesca, noble, varonil, erguida figura. Frente espaciosa, ojos grandes, algo dormidos, trigüño muy claro, facciones bien delineadas bigote fino, y no montañoso como aparece en los retratos que se publican, de mirada dulce, y no azorada, como la de los sellos de correo. Su voz era clara, firme y de grato sonido.

Al vigor corporal reunía las más bellas cualidades del alma, era modesto, prudente, grave, magnánimo, generoso, tenía el talento de la palabra, orador elegante y sobrio. Parecía haber nacido para mandar, sin haber sido despotista ni altanero nunca.

*La Discusión marzo 3/912*

*La Discusión marzo 3/912*  
PATRIMONIO DOCUMENTAL